

ADVIENTO PUCP

*Peregrinos de esperanza,
constructores de paz*



PUCP

Querida comunidad universitaria:

Cada inicio del año litúrgico, el Adviento nos ofrece la oportunidad para disponernos con esperanza a Jesucristo, recordando su entrada en nuestra historia, en la Navidad y avivando la confianza en Aquel quien vendrá definitivamente para consumir la promesa de salvación. En el Adviento, se nos revela el verdadero rostro de Dios, quien ha querido entregarnos a su Hijo, quien vino a compartir nuestra condición humana, nuestras luchas, dudas, derrotas y alegrías, porque decidió ser en todo momento el «Dios con nosotros», que como Padre nos da, por medio de su Hijo, a su vez, su Espíritu, que nos sostiene y jamás nos deja solos.

Jesús, nacido pobremente, sin encontrar posada que lo acogiera (Lc. 2,7), vivió como migrante en tierra extranjera (Mt. 2, 13-20), se ganó la vida con el trabajo de sus manos, de modo que fue conocido entre los suyos como «el artesano» (Mc. 6,3) y pasó haciendo el bien a todos (Hch. 10,38). Él nos mostró con su muerte en la cruz y su resurrección un camino esperanzador, muy distinto al de la violencia y al descarte, al entregarse gratuitamente por la humanidad.

En estas circunstancias tan especiales para la humanidad mundial, herida por el azote de la arbitrariedad, el dominio totalitario y la guerra, y para nuestro país, marcado por la violencia y la inseguridad, es propicio levantar la mirada hacia el don gratuito que es Jesús, a quien el Padre envía, para hacernos capaces de reconocer el dinamismo de amor que inaugura con su Encarnación. Jesús abrazó toda la realidad humana en su complejidad, integrándola en su reino. Esto no puede dejarnos indiferentes, sino movernos a la acción, dejándonos interpelar por su amor, que nos enseña a amar, y haciéndonos sabedores de que Él volverá y «su reino no tendrá fin» (Lc. 1,33).

Además, este año, el Adviento coincide con la etapa final del año jubilar 2025, inaugurado en la Nochebuena del año pasado por el Papa Francisco, cuya memoria permanece aún tan viva en nuestros corazones. Este jubileo ha enfatizado que somos «Peregrinos de la esperanza», convocándonos a abrir nuevos espacios, a acoger los retos de nuestra historia, y exigiendo de nuestra fe una respuesta comprometida.

Que la alegría que nos trae la Navidad, preparada ahora por el Adviento, nos permita descubrir la paz genuina, «desarmada y desarmante» a la que nos ha llamado el Santo Padre, el Papa León XIV. Paz que no brota solo de acuerdos humanos, sino ante todo del don de Dios, que es gratuidad y esperanza, anunciada en la Nochebuena (Lc. 2, 14). Solamente acogiendo este don promotor de valores como la solidaridad y la justicia, el perdón y la amistad sincera se podrá hacer de nuestra Universidad y de nuestra Iglesia, espacios donde se vivan la paz y la esperanza.

Carlos Cardenal Castillo Mattasoglio

Arzobispo de Lima, Primado del Perú

Gran Canciller de la PUCP



Primer Domingo de Adviento

Estén en vela para estar preparados

Lectura del Evangelio según San Mateo 24, 37-44

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos:

—«Cuando venga el Hijo del hombre, pasará como en tiempo de Noé.

Antes del diluvio, la gente comía y bebía y se casaba, hasta el día en que Noé entró en el arca; y cuando menos lo esperaban llegó el diluvio y se los llevó a todos; lo mismo sucederá cuando venga el Hijo del hombre.

Dos hombres estarán en el campo: a uno se lo llevarán y a otro lo dejarán; dos mujeres estarán moliendo: a una se la llevarán y a otra la dejarán.

Por lo tanto, estén en vela, porque no saben qué día vendrá su Señor.

Comprendan que si supiera el dueño de casa a qué hora de la noche viene el ladrón estaría en vela y no dejaría abrir un boquete en su casa.

Por eso, estén también ustedes preparados, porque a la hora que menos piensen viene el Hijo del hombre».

Palabra del Señor

Reflexión

El Adviento nos invita a despertar. Jesús nos dice: «Estén en vela, porque no saben qué día vendrá su Señor». No es una advertencia del miedo, sino un llamado urgente a mantenernos despiertos ante la vida, atentos a lo que sucede a nuestro alrededor, a los signos de los tiempos.

En el Perú de nuestros días, este llamado tiene una resonancia profunda. Vivimos tiempos difíciles y en una sociedad que muchas veces parece dormida: anestesiada por el hartazgo, la desconfianza, o las distracciones que nos ofrece la tecnología, la política convertida en espectáculo y el ruido constante de las redes. Jesús nos habla precisamente a nosotros, a esta generación saturada de información, pero escasa de atención y de acción. Nos dice: no se distraigan, no vivan como si nada pasara, no se acostumbren a la corrupción, la desigualdad, la violencia o la destrucción de la casa común.

El Evangelio compara nuestra actitud con la gente del tiempo de Noé: todos seguían con su vida cotidiana —comiendo, bebiendo, casándose— sin darse cuenta del diluvio que se avecinaba. También nosotros, si no estamos atentos, podemos despertar un día en un país que ya no se parece más al que vivimos o en un planeta herido más allá de la reparación.

Estar «en vela» hoy significa ejercer la conciencia y la responsabilidad. Significa abrir los ojos a lo que realmente importa: la justicia, la verdad, la solidaridad, la defensa del medio ambiente, el respeto por la vida. Estar en vela no es vivir con miedo, sino vivir con lucidez. No es esperar pasivamente, sino actuar con esperanza, siendo parte activa del cambio que anhelamos.

Que esta primera semana de Adviento nos encuentre despiertos y comprometidos, capaces de leer los signos de nuestra historia y de responder con amor, responsabilidad y decisión. Porque el Señor viene, sí, pero también ya está viniendo cada vez que luchamos por un mundo más justo, más humano y más fraterno.



Y si no permanecemos atentos, puede que —como en tiempos de Noé— el diluvio de la indiferencia arrastre todo lo que hemos construido como sociedad.

Fernando Zvietcovich Zegarra

Profesor del Departamento de Ingeniería

Segundo Domingo de Adviento

Conviértanse, porque está cerca el reino de los cielos

Lectura del Evangelio según San Mateo: 3, 1-12

Por aquel tiempo, Juan Bautista se presentó en el desierto de Judea, predicando:

—«Conviértanse, porque está cerca el reino de los cielos. Este es el que anunció el profeta Isaías diciendo:

“Una voz grita en el desierto:
Preparen el camino del Señor,
allanen sus senderos”».

Juan llevaba un vestido de piel de camello, con una correa de cuero a la cintura, y se alimentaba de saltamontes y miel silvestre.

Y acudía a él toda la gente de Jerusalén, de Judea y del valle del Jordán; confesaban sus pecados y él los bautizaba en el Jordán.

Al ver que muchos fariseos y saduceos venían a que los bautizara, les dijo:

—¡Camada de víboras!, ¿quién les ha enseñado a escapar del castigo inminente?

Den el fruto que pide la conversión.

Y no se hagan ilusiones, pensando: “Abrahán es nuestro padre”, pues les digo que Dios es capaz de sacar hijos de Abrahán de estas piedras.

Ya toca el hacha la base de los árboles, y el árbol que no da buen fruto será talado y echado al fuego.

Yo los bautizo con agua para que se conviertan; pero el que viene detrás de mí puede más que yo, y no merezco ni llevarle las sandalias.

Él los bautizará con Espíritu Santo y fuego.

Él tiene el bieldo en la mano: aventará su pava, reunirá su trigo en el granero y quemará la paja en una hoguera que no se apaga».

Palabra del Señor

Reflexión

El Evangelio según San Mateo nos presenta a Juan el Bautista, llamado a preparar la venida de Jesús. Entre aquellos que se acercaban para ser bautizados había fariseos y saduceos quienes en realidad no tenían una verdadera disposición a la conversión. Las palabras de Juan nos recuerdan que el Adviento es tiempo de reflexión, renovación espiritual, reconciliación y encuentro.



En el marco del Jubileo 2025, «Peregrinos de la Esperanza», el Adviento nos convoca a sumar en este camino de esperanza frente a las guerras, el cambio climático, las injusticias y los discursos de odio. Aprovechemos este año de celebración y esta temporada tan especial previa a la Navidad para reflexionar sobre nuestra capacidad de aportar al bien común, construir comunidad y escuchar. Como invocaba Juan, demos esos frutos.

Ser parte de este camino de esperanza no es esperar a que la situación cambie; es disponerse a cambiarla, aprender con humildad y actuar con valentía al servicio de los demás.

Augusta Valle Taiman

Profesora del Departamento de Educación

Tercer Domingo de Adviento

¿Eres tú el que ha de venir o tenemos que esperar a otro?

Lectura del Evangelio según San Mateo 11, 2-11

En aquel tiempo, Juan, que había oído en la cárcel las obras del Mesías, le mandó a preguntar por medio de sus discípulos:

—«¿Eres tú el que ha de venir o tenemos que esperar a otro?». Jesús les respondió:

—«Vayan a anunciar a Juan lo que están viendo y oyendo:

los ciegos ven, y los inválidos andan;

los leprosos quedan limpios, y los sordos oyen; los muertos resucitan, y a los pobres se les anuncia el Evangelio.

¡Y dichoso el que no se escandalice de mí!».

Al irse ellos, Jesús se puso a hablar a la gente sobre Juan:

—«¿Qué salieron a contemplar en el desierto, una caña sacudida por el viento? ¿O qué fueron a ver, a un hombre vestido con lujo? Los que visten con lujo habitan en los palacios. Entonces, ¿a qué salieron?, ¿a ver a un profeta?

Sí, les digo, y más que profeta; él es de quien está escrito:

“Yo envío mi mensajero delante de ti,
para que prepare el camino ante ti”.

Les aseguro que no ha nacido de mujer uno más grande que Juan, el Bautista; aunque el más pequeño en el reino de los cielos es más grande que él».

Palabra del Señor

Reflexión

Ya cercanos a la celebración del nacimiento de Jesús, en este domingo de gozo (*Gaudete*), la Palabra de Dios nos confronta con la realidad de nuestro tiempo como un tiempo de la espera gozosa, pero, a su vez activa y con mirada atenta para reconocerle a Él, en quien no podemos sentirnos jamás defraudados.

En efecto, «en la era del internet, donde el espacio y el tiempo son suplantados por el “aquí y ahora”, la paciencia resulta extraña» (*Spes non confundit*, n.4)



Ante esto, el Señor nos invita a «abrir los ojos» del alma y del corazón para leer los signos de los tiempos.

Y esto se traduce en el testimonio coherente que es capaz de «esperar contra toda esperanza» (Rom. 4,18) pues, como nos dice el Papa León XIV, «Dios trabaja en lo profundo, en el tiempo lento de la confianza». Estemos atentos, caminemos en esperanza, siendo profetas en nuestra realidad. ¡Ya llega el Señor!

Pbro. Rodolfo Silva

Director del Centro de Asesoría Pastoral Universitaria

Cuarto Domingo de Adviento

Jesús nacerá de María, desposada con José, hijo de David

Lectura del evangelio según San Mateo 1, 18-24

El nacimiento de Jesucristo fue de esta manera:

María, su madre, estaba desposada con José y, antes de vivir juntos, resultó que ella esperaba un hijo por obra del Espíritu Santo.

José, su esposo, que era justo y no quería denunciarla, decidió repudiarla en secreto. Pero, apenas había tomado esta resolución, se le apareció en sueños un ángel del Señor que le dijo:

—«José, hijo de David, no tengas reparo en llevarte a María, tu mujer, porque la criatura que hay en ella viene del Espíritu Santo. Dará a luz un hijo, y tú le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de los pecados».

Todo esto sucedió para que se cumpliese lo que había dicho el Señor por el Profeta:

«Miren: la Virgen concebirá y dará a luz un hijo y le pondrá por nombre Emmanuel, que significa «Dios-con-nosotros»».

Cuando José se despertó, hizo lo que le había mandado el ángel del Señor y se llevó a casa a su mujer.

Palabra del Señor

Reflexión

Este pasaje, aparentemente esquemático del Evangelio de Mateo, nos revela el inmenso amor divino y humano que se convoca para el nacimiento de Jesús. Desde su concepción, el amor trascendió las tradiciones que obligaban a los judíos a un comportamiento determinado. El amor de Dios por medio de Jesús desafía todas las convenciones acumuladas históricamente que nos desvían del verdadero camino del amor.

El predicamento que, gracias a esas convenciones, tuvo que enfrentar José, el esposo de María, no era nada simple. ¿Qué hacer ante tal situación? La respuesta de José revela que su elección como el padre humano de Jesús no fue al azar. Siendo humano, este ser excepcional, íntegro y justo, no antepuso su propia desazón y la



respuesta que las convenciones judías le ofrecían para resolver el problema. Antes que la afirmación egotista y tradicionalista, buscó con humildad la discreción para proteger a María. José no tardará en recibir ayuda divina para indicarle que el curso de la historia dependía de su decisión. El ángel le pide que confíe y descarte todo sentimiento opuesto al amor: «No tengas reparo». Le pide que el nacimiento y la vida de Jesús a su lado reciba el amor humano. Con María, el pacto entre el cielo y la tierra ya estaba en camino. José recibe la explicación divina y, con suma fe y humildad, acepta la misión que Dios le da: «[...] porque la criatura que hay en ella [María] viene del Espíritu Santo. Dará a luz un hijo, y tú le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de los pecados». Su respuesta sella el pacto de amor.

Mateo nos recuerda que el nacimiento de Jesús ya había sido anunciado en las escrituras. Nos recuerda la trascendencia histórica de la Palabra de Dios, y, al mismo tiempo, explica cómo esta supera las convenciones humanas y nuestras propias limitaciones. Pero el mensaje más importante de este pasaje del Evangelio es cómo el amor de Dios convoca al amor humano para escribir la historia. Mediante este relato imbuido de su amor y pedagogía, Dios nos brinda un regalo invaluable desde nuestra escala valorativa: nos regala a Dios-con-nosotros para enseñarnos a construir la paz mediante el amor y la esperanza.

Patricia Urteaga Crovetto

Profesora del Departamento Académico de Derecho

Bendición de la mesa de Noche Buena

Bendice, Señor, nuestra mesa en esta noche de Luz.

Quienes vamos a cenar celebrándote,
sabemos que la fiesta eres Tú
que nos invitas a nacer siempre de nuevo.

Gracias por el pan y el trabajo,
por la generosidad y la esperanza.

Llena nuestra mesa de fuerza
y ternura para ser personas justas,
llena de paz nuestras vidas
y que la amistad y la gratitud
alimenten cada día del año.

Tú eres bendición para nosotros, por eso,
en esta noche fraterna,
bendice la tierra toda,
bendice nuestro país.
Bendice esta familia y esta mesa.
Bendícenos a cada uno
de los que estamos aquí.

Que así sea. Amén.



